

Jornada Haeresis. Estatutos profanos. Primera mesa

¿Quién ha leído en el último año los estatutos de su “propia” institución?

Hace un par de semanas, en Trilce debatimos los trabajos de entrada de tres instituciones a la Convergencia y mi propuesta para el debate – puesto que hay hay analistas jóvenes, que hicieron esta práctica de lectura por primera vez- fue volver a leer el trabajo de entrada que hizo Trilce hace cinco años. Eso colocó esta lectura en clave política, permitiendo una nueva perspectiva respecto de las propias marcas, las que a menudo son borradas por las huellas del paso del tiempo y del peso de las urgencias.

Los estatutos son revisados en Trilce cada dos años, son leídos a la luz del trayecto realizado en esos dos años, y refrendados o rectificadas en asamblea. Es una manera de mantener viva la llama, de no anquilosarnos en una letra que, en cualquier momento, a la vuelta de la esquina, se puede tornar letra muerta.

Entrando en tema...

Y bueno... yo soy más o menos como el perro de Pavlov. Respondo a estímulos. Entonces leo “La escuela de Lacan”, y mi estómago empieza a segregarse jugos digestivos. Hay más segregaciones y secreciones que las que imaginamos. La acidez me corre hasta las manos y sin pausa, pero con prisa, escribo el mail de respuesta a la invitación, teniendo esto en mente: *a esa mesa me han llamado, a esa mesa me doy*. Parafraseo así “a esta luz me dieron, a esta luz me doy, y bueno, soy argentino”, el poema de Fernández Moreno¹, no Baldomero, sino Cesar. Porque Cesar, como hijo, supo hacer con lo que su padre, Baldomero, el médico, pudo transmitirle. No le transmitió sus títulos, pero sí su oficio con la lengua. Al Cesar lo que es del César. Y bueno... en la Escuela de Lacan se trata de la transmisión del psicoanálisis, no de los títulos. ¡Salud, heréticos !

Desde el 2018 sostengo, lo hice en el Congreso de Convergencia en Tucumán, que lo que practicamos es la Escuela de Lacan².

Un año después de enviar la carta de disolución de la EFP³ y tras señalar las obscenidades de dieron lugar a que cayera el telón sobre la Causa freudiana, Lacan escribe con pesar en 1981 en la *Primera carta del foro* que “esta es la escuela de mis alumnos, los que aún me aman”

A la pregunta de por qué se arman cada vez más instituciones en vez de reunirnos todos en una, respondo así: que la escuela de Lacan no podría ser Una, porque no es la de los que lo aman (ellos sí, los que lo aman, pueden conformar el Uno del amor al amo, deslizamiento solo posible en nuestra lengua). La escuela de Lacan es la de los que lo prolongan, o así lo intentamos. Prolongar al otro no es ir más allá ni más lejos. Es un hacer con la lengua, se la elonga, como cuando se la hace pasar de una lengua a otra. Pero elongar es también una operación en topología, que permite retornar a los puntos de impasse y de llegada, elongar es volver sobre las preguntas, como Lacan hizo con las preguntas freudianas, *qué de la represión en las psicosis*, y se tomó un año de seminario para responderla, o *qué quiere una mujer*, y se tomó otro año para escribir sus fórmulas de la sexuación. El retorno a Freud en la lectura de Lacan es una elongación en el sentido topológico.

A ese trabajo está forzado cada analista. No sólo los mejores, no sólo los elegidos. Todos, o sea: cada uno.

A mi modo de entender, así como hay emergencia del discurso del analista en cada giro de discurso, hay escuela de Lacan en cada ocasión en que se producen efectos de transmisión del psicoanálisis, contingentes como tales, pero necesarios para reinventarlo, como nos lega Lacan en su decir en 1978: cada analista está forzado a eso.

¹ César Fernández Moreno. *Argentino hasta la muerte*.

² E.T. *El retorno de la controversia*, 2018

³ J. Lacan, *Disolución*.

La escuela de Lacan es, para mí, el sitio en el que esos efectos son leídos, recogidos y puestos a circular, más allá o más acá de las asociaciones, escuelas o instituciones. No hay un psicoanálisis instituido, no hay, a mi entender, instituciones psicoanalíticas, hay -si los hay, cuando los hay- efectos de escuela. Entiendo por efectos de escuela, por ejemplo, retomar lo que Lacan dejó indicado como *impasses* en los que prolongarlo supone realizar su continuación. (la realización de lo que Lacan, el 9 de abril de 1974, indica en su seminario: "... he aquí lo que les propongo como continuación a lo que les propuse acerca del tiempo lógico en mis escritos")

Entiendo que hay efectos de escuela toda vez que un analista -tenga o no un par de letras adosadas a su nombre propio- haga avanzar algún problema crucial para el psicoanálisis.

Para ello es necesario que el analista sea al menos tres. El que produce efectos, el que a esos efectos los teoriza, y el que sostiene, con otros y ante otros, la transmisión de ese trabajo, anudándolo en la extensión. Eso es lo que yo entiendo por prolongar a Lacan, quien había anunciado aquel "al menos dos", pero practicaba el tres.

La escuela de Lacan es dispersa, como lo real, pero se realiza produciendo y a la vez bordeando y bordando un agujero en el saber cuando es el producto de un efecto de real, cuando es el producto del filo cortante de una verdad, cada vez que se logra hacerla pasar. La escuela de Lacan no tiene más consistencia, por tanto imaginaria, que la de cada ocasión en que se produzca un enlace de trabajo que la renueve. Nada la asegura, pero dependerá más del rigor de cada uno al inscribirse en una lógica colectiva que de los efectos de masa contabilizables con cuenta ganados o con su versión *aggiornada*: el número de *likes* en las redes o de los participantes de un Zoom.

Lacan se refreía a los asistentes a su seminario, a los analistas en formación, como el objeto a apretado, como un plus de gozar apretado. No hay multiplicación ni suma para el objeto, ya que es siempre indicativo del lugar de la falta. No se multiplica, no se capitaliza, sino que se aprieta, se apretuja, sea en el anfiteatro, sea en el nudo. Los efectos de transmisión se cuentan uno por uno, como el caso por caso del análisis en intensidad. De ahí la singularidad de esos efectos de transmisión, que se pretenden alejados todo cuanto sea posible de los procesos de identificación.

Haeresis, Encuentro de analistas en formación. Quiero decir algo del nombre que se dieron.

Haeresis. Palabra latina, derivada del griego ἁῖρεσις. Me pregunto por qué no conservaron el término lacaniano *hérésie*, que en francés es homófono con RSI. Por qué será que no eligieron esa vía... ya que herético es el que es libre de elegir.

Recuerdo una tarde calurosa, de marzo, en Rosario, trabajando con ustedes sobre el armado institucional, y recuerdo mi pregunta pesada -porque a veces me pongo pesado-: ¿por qué *Haeresis* y no *Hairesis*? Por qué Roma y no Atenas. La disección de los términos, Cacho dixit. Recuerdos de anatomía.

Yo entiendo que el posicoanalista no es el médico judío que le tiene miedo a la sangre, como se decía en una época, sino el que tiene horror del acto, horror del corte, porque la sangre es metonimia del corte: es por el corte que hay sangre. No ejercí la medicina, nunca tuve un bisturí en mis manos. Prefiero disecar con el estilete de la lengua. Voy a eso.

En este mundo de siglas y abreviaturas, entre el AE de Haeresis y AI de hairesis se puede jugar un destino. AE, Analista de la Escuela. AI, ¿Analista de la I...nstitución? Encriptamientos... decisiones que efectúan aquello que dijo Jacques Lacan, que el inconsciente es lo político. Un desliz, l' une bève se filtra en un nombre, y recupera una pérdida de un modo tal sutil que casi no se lee. Pero se lee.

En la Escuela de Lacan, si me acompañan en llamar así a los lazos que nos unen, con las diferencias que existen -y es mejor si no se soslayan-, las designaciones, o las nominaciones, o los reconocimientos, si deben caer mejor es que no sea por las mudanzas de sede ni por el cese de una interlocución con el publikum, con el círculo íntimo; si deben caducar mejor es que no sea por diferencias en el imaginario de las políticas, sino por el real de lo político.

Que el psicoanálisis prosiga depende, también, de intentar deponer el narcisismo de las pequeñas transferencias, si me permiten la ocurrencia. Llamo pequeñas transferencias a las que insisten en permanecer refugiadas en el dominio imaginario, a- i(a)

Sobre el título general de las jornadas: estatutos profanos

Conocemos el refrán, *traduttore traditore*. El traductor, ¿sólo traiciona o es también hereje?

En el Talmud de Babilonia se lee que el que traduce literalmente es un mentiroso, y quien añade algo es un blasfemo.

Yo digo que el traductor traduce y tradice. Tradición traducción traición: a eso lo llamo la tradición.

En la tradición hay una fijación de goces arraigados, hay un cómo se dicen las cosas que no se interroga, y ese goce manosea a su hermanita, la verdad, abusa de ella y la mancilla. Se trata de tomar en consideración la tradición, la tradición del uso de los términos, para hacerlos jugar en la traducción y engendrar una tradición.

Tradición necesaria puesto que algo se escapa en el pasaje de lenguas. Y tanto Ballesteros como Etcheverry fallan en su función. Fallan como un juez, imparcial o no. A veces no traducen, sino que interpretan. Y claro! Allí está el objeto, diría un analista, ¿no? El objeto está en tanto hay falla, porque la falla misma es el objeto, la falla en la traducción punto a punto, puerta a puerta, referente a referente.

Un texto, el original en alemán, de Freud, reza *Die Frage der Laienanalyse. Unterredungen mit einem Unparteiischen*, lo que se traduce estrictamente como "La cuestión del análisis laico. Conversaciones con un interlocutor imparcial".

Etcheverry traduce... "¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial"

Ballesteros traduce... "Análisis profano - (psicoanálisis y medicina) Conversaciones con una persona imparcial"

¿Qué pasó? ¿Qué leemos en el *entre* de esas dos traducciones, tan distintas, con las que se nos presenta y con las que estudiamos la obra de Freud? Lo que pasó, o lo que no pasó es el término *Frage*, la cuestión, el problema. Marx y el problema judío: *Zur Judenfrage*, 1843. La solución final, de 1942: *Endlösung der Judenfrage*.

Freud escribe su cuestión, la cuestión laica del psicoanálisis, en la Alemania convulsionada de la primera posguerra, en 1926.

Freud escribe que psicoanálisis es laico (1926). Laico es un significante que tiene una tradición, se inserta en el dominio de la educación y en el de la política las que, respetando las creencias religiosas y el poder de las iglesias, prescinden de ellas para el ejercicio de su práctica, como Laplace prescindió de la idea de Dios ante la pregunta de Napoleón (ah! Linda hipótesis, explica tantas cosas...). El significante laico se impone en la historia de la separación entre el estado y la iglesia. Laico se refiere a no haber sido cooptado o amaestrado por los poderes más peligrosos para el psicoanálisis, según Freud, como son la medicina o la iglesia, ni haberse sometido al dominio de las instituciones oficiales de masa, incluyendo al ejército, lo que en nuestra América Latina, ahora y siempre, se debe considerar.

Iglesia y ejército, las máximas fuerzas, según Freud, que operan contra el psicoanálisis. Freud fue extremo en su parecer: cada cual tenía que abandonar la profesión o la carrera para dedicarse al psicoanálisis. No bastaba con ponerse afuera de ellas, al margen, sino que se debía practicar la no relación. Tal era su laicismo que convenció a Ernst Kris de abandonar su carrera de medicina para dedicarse a dirigir la revista *Imago*⁴.

⁴ G. García. *Masotta y el análisis laico*. Prefacio a El modelo pulsional.

Laico procede del latín *laicus* y este del griego λαϊκός, que quiere decir relativo al pueblo. Pero laico, que se retuerce, pasando por *leigu* en primitivo romance, para producir *lego*, es ahora un término que especifica lo popular, que es también hijo del siglo, secular estricto.

Pese a su confesión laica, un curioso oxímoron, Freud nunca dejó de sostener la necesidad de interrogar lo que llamamos la patria, esto es: el dominio de los padres. Claro que no es posible ser completamente laico, ya que toda creencia, como todo sentido, se desliza hacia lo religioso. Lacan lo afirma en Disolución cuando afirma que el grupo había triunfado sobre el discurso deviniendo iglesia.

Profano, a diferencia de laico, por etimología y por tradición, tiene otro alcance. Deriva del latín *profanus*, lo que está *pro-fanum*, enfrente del templo. Es lo no consagrado, o lo que ha dejado de serlo. El laico no es necesariamente profano, la iglesia católica está henchida de laicos consagrados, y el Papa Francisco no deja de señalarlo y promoverlo. En el AT el término profano se refiere a los contaminados, en oposición a lo sagrado. Pero, también, profanar es remover una prohibición, y de ese modo poder hacer que algo sagrado pierda ese valor, como el hecho de poder disfrutar del vino luego de ofrecer el primer fruto al Señor. Profanar implica reconocer lo sagrado antes de desmentirlo o de quitarle esa condición.

Si laico supone un no querer saber nada, un querer no tener nada que ver con lo sagrado, profano se ubica en una relación, por fuera, sí, pero frente a lo sagrado.

Lacan, al introducir el NdEP, y acabar por formular que se puede prescindir de él a condición de servirse de él, introduce la herejía, de hecho y en pluma, al formalizar el orden RSI, que se lee herejía, herejía. Si bien ser "hereje de la buena manera" no supone lo mismo que ser profano, colocar la referencia al templo frente al cual una práctica del psicoanálisis en extensión se erige, es, por ese gesto, reconocer su procedencia y la precedencia de la historia de la cual se es hijo; el significante profano nos coloca no sólo por fuera, a la manera del laico, sino decididamente en frente de los edificios religiosos, enfrentados a ellos, sea que estén vestidos como tales o con los ropajes de la ciencia, como la universidad en tanto templo del saber, como la medicina en tanto filosofía oficial de la vida, e incluso como algunas asociaciones dichas psicoanalíticas cuando reniegan de las jerarquías que ellas mismas promueven.

Hay mucho escrito sobre la historia del psicoanálisis en nuestro país, la historia entre laicos y profesionales, entre oficiantes y profanos, entre médicos y legos, y esa historia ha regido las escisiones y reconciliaciones de generaciones de analistas. Debemos considerar pues con qué significantes se funda una asociación, sobre qué restos se edifica. El significante escuela, en nuestro medio, está manchado por aguas que bajaron turbias y cargado de múltiples prejuicios por esta disputa. No estamos fuera de la historia, no cabe leer la fundación de este espacio, con este nombre, Haeresis, por fuera de la historia del psicoanálisis en Argentina.

Pero aún cabe la pregunta, acerca de si el hereje es profano, siempre, necesariamente.

En cuanto a mi parecer, considero que no debemos quedarnos con el binario, con el par laico/profano, sino que es necesario introducir un tercer término, que es el ateísmo, por cuanto Dios es el nombre que damos a aquello que sostiene la posibilidad misma del hecho de que haya un decir. El misterio del cuerpo que habla es el misterio de la encarnación del verbo.

Lacan lo nombró con un neologismo: Dieure, que condensa Dios y decir. Dios está en cada manifestación del inconsciente. Dios comporta el conjunto de los efectos de lenguaje⁵. También afirmó que no hay mayor ateo que el teólogo⁶. Por eso estudio, leo, me entretengo con los escritos sobre el origen divino de nuestras vidas, y me sostengo en ellos para no embaucarme con las

⁵ J. Lacan. 17/12/1974. Seminario RSI

⁶ J. Lacan, 3/3/65. Seminario Problemas Cruciales

posiciones renegatorias más convencionales, como las de aquellos que afirman que Dios no existe, ¡gracias a Dios!, mientras se encomiendan al amo de turno.

Estudiar los distintos modos de hacer consistir al Otro es un modo, como otros seguramente, de encontrarse con su barradura, entendiendo por Otro toda formulación consistente que se presente o se pretenda como acabada. Proponer, por ejemplo, que hay un único establecimiento textual de la palabra de Lacan es un modo de hacer consistir a un Otro acabado y completo.

Hay un proceder que la teología negativa⁷ supo poner de relieve, esto es que no se pueden nombrar de Dios sus atributos, puesto que sería descompletarlo, pero en cambio si se pueden nombrar los atributos que no tiene. De este proceder podemos servirnos para definir al psicoanálisis, por ahora, sosteniendo lo que es, en lo que no es: el psicoanálisis es a-Teo.

El borromeo que les propongo, entonces, para pensar el psicoanálisis en extensión, es el que aprieta en su calce al objeto a entre el laicismo, lo profano y el ateísmo.

⁷ J. Lacan. 25/1/1967. Seminario Lógica del fantasma